

sitar la piadosa soledad de Santa Magdalena; pero el Cardenal de Saboya que acompañaba al Duque su padre, no quiso permitírselo, diciéndole que su corazón era un Saint-Baume, donde estaba siempre solitario, y que era preciso estar pronto, porque de un momento á otro podía partir la corte (1).

En efecto, el Duque de Saboya habia logrado el objeto de su viaje; habia tenido con el Rey varias conferencias secretas, y como una prueba de su afecto, le habia hecho presente de cuatro magníficos caballos, de una espada y un escudo guarnecido de diamantes y otras piedras preciosas. El Rey por su parte le habia acogido como á un hermano, y le habia invitado á que le acompañase á Lyon. Las dos cortes de Francia y Saboya partieron, pues, el 25 de noviembre, y Francisco se puso en camino en su seguimiento. Dos caballeros calvinistas se encontraron en el camino con él, los acogió con su amable dulzura y se detuvo el mayor tiempo posible en su compañía, procurando ilustrarlos y moverlos. Llegados á Pont-Saint-Esprit, estos señores refirieron lo que habian visto y admirado en él, y bien pronto entre todos los calvinistas de la ciudad no hubo mas que este grito: «Si todos los Obispos fueran como este, decian cuando iba por las calles, todos seríamos católicos, y ¿qué sería entonces de la religion de Lutero y Calvino?» (2)

A esta distancia de allí se detuvieron en una fonda para pasar la noche, y como estaban tomadas todas las camas, quisieron hacer conocer quién era, y lo prohibió. «Pero ¡Dios mio! dijo, ¿no sabeis que soy hombre de paz? Bastantes molestias he causado para que dé ocasion á otras nuevas;» y se retiró á un granero, se acostó sobre la paja, á pesar de sus incomodidades y el estremado rigor del frio. Por la mañana dos Jesuitas, que habian dormido en buena cama, al saber este incidente se apresuraron á

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 23 de noviembre.

(2) Carlos Aug., p. 564.—Juan de San Francisco, p. 508.

decirle cuánto habian sentido que no les hubieran avisado su llegada, y cuánto gusto hubieran tenido en cederle su lugar. «No lo he consentido, contestó, y ciertamente soy deudor á esta circunstancia de una noche muy buena, porque nunca he dormido mejor.» (1)

A su llegada á Valence, los habitantes se precipitaban á su paso en tan gran multitud, que le costó trabajo llegar á la fonda donde debia parar. Le colocaron primero en una buena habitacion; pero habiendo llegado algo despues una señora estrangera deseó ocuparla, y el caritativo Obispo se la cedió, pasando á otra muy incómoda. «Establezcámonos aquí, dijo á los que le acompañaban, y estaremos mejor que nadie.» (2)

No habiendo en esta habitacion mas que una cama, deseó cedérsela á Jorge Rolando, su mayordomo, y como este no quisiera aceptarla, «al menos, dijo Francisco, la partireis conmigo;» y en su consecuencia hizo poner en el suelo el colchon y las mantas para Rolando, no reservando para sí mas que el jergon, sobre el cual se recostó vestido. Al dia siguiente, en el momento de partir, hizo llamar al fondista para pagarle. «Está ocupado, le dijeron.—No le incomodeis, contestó, le esperaremos;» y viendo que su gente se impacientaba, «seamos atentos, les dijo, así como pagamos sus bienes con nuestro dinero, paguemos su buena voluntad con algunas palabras cordiales.» Por último, llegó el fondista confuso por haber hecho esperar al santo Obispo en la calle, le dió con lo que le debia algunos santos avisos para santificarse en su estado, uniendo á esto su bendicion. Al salir de la fonda la multitud se apiñaba con tanto afan como á la llegada; parecia que no querian dejarle ir, y le acompañaron á una gran distancia de la ciudad (3).

Así que llegó á Lyon muchos de los mas distinguidos

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 26 de noviembre.

(2) Historia de la fundacion de Valence.

(3) *Año Santo de la Visitacion*, 28 y 29 de noviembre.

personajes se disputaban el honor de llevarle á su casa. El Sr. Jacobo Olier, intendente de la provincia, fué de los mas empeñados en ofrecerle la mitad de su casa, que siendo grande y próxima al Monasterio de la Visitacion, reunia todas las comodidades que se podian desear. Los Jesuitas fueron á su vez á rogarle aceptara su casa de San José; pero contestó á todos que habiendo previsto la dificultad que habia de encontrar alojamiento en una ciudad donde las dos córtes de Francia y Saboya iban á estar reunidas, se habia preparado con un alojamiento que no podia faltarle. Lo creyeron, y entonces, libre de toda solici-tacion importuna, inspirado por su amor á la pobreza y á la sencillez, fué á pedir á sus amadas hijas de la Visita-cion un pequeño cuarto que habia en la casa de su jardi-nero, reservado para el confesor del monasterio en los dias en que acudia á desempeñar sus funciones. Las religiosas le manifestaron que esta habitacion estaba muy espuesta á los vientos, que además no podia encenderse fuego en ella sin que molestase el humo, y que se comprometia su salud. Su respuesta fué como siempre, que nunca estaba mejor que cuando no estaba bien; que allí, estando cerca de ellas, podria serles mas útil; que estando mas apartado del bullicio de la corte, mas humildemente y con mas paz, podria hacer una vida mas recogida en Dios y mas accesible á los que quisieran hablarle; que allí, por último, tendria el gusto de no molestar á nadie (1). «¡Ay! dijo, bas-tante ruido he producido en esta ciudad, para que vaya á ocasionar mas.»

Se situó, pues, en esta pequeña habitacion con ale-gria, y cuando sus amigos le reconviniéron, les contestó como á las hermanas: «Estoy muy bien en esta casa para recibir las almas pecadoras que la Providencia me en-vie, y no estoy menos bien por lo que hace á mi tran-quilidad, porque la pequeñez de esta habitacion me

(1) Carlos Aug., p. 564 y 565.

»libra del bullicio de las grandes reuniones.» (1) Quisie-ron que al menos, en atencion al estado de sus piernas, que las tenía muy hinchadas y enfermas, no hiciera lar-gas escursiones á pié y que aceptase un carruaje, sobre todo cuando fuera á predicar muy lejos. «¡Ah! ciertamen-te, contestó, tendria que ver que yo fuese en carruaje á »predicar la pobreza evangélica y la penitencia de San »Juan! Yo nunca quiero ir sino á pie.» (2)

El santo Obispo fué en Lyon lo que habia sido en to-das partes, el apóstol infatigable, el hombre del cielo, para quien Dios y las almas eran todo, para quien el mundo y sus vanidades no eran nada. Mientras los habitantes cor-rian á ver á los reyes y reinas, á los príncipes y princesas; en tanto que las fiestas en honor de estos ocupaban los ánimos y llenaban la ciudad de ruido y de tumulto, él se ocupaba con sus amadas hijas de la Visitacion, en hablar de Dios y de los bienes eternos. Habia hecho todo lo que podia hacer por esta su querida órden. Trece monasterios habia fundado, á saber: los de Annecy, Lyon, Moulins, Grenoble, Bourges, París, Monferrand, Nevers, Orleans, Valence, Dijon, Saint-Etienne-en-Forez y Belley; no le restaba mas que darles su último adios y sus últimos con-sejos, y para eso aprovechó todos los momentos libres. «Padre mio, le dijeron un dia sus buenas hijas, escribidnos »en este papel lo que deseais mas de nosotras.» Tomó al punto la pluma, y escribió con mucho cuidado esta sola palabra: *Humildad*; considerando que ella sola valía por todas las instrucciones que podia darles.

En este estado de cosas llegaba á Lyon la santa Madre Chantal, que volvía de la visita de sus monasterios de Dijon, Montferrand y Saint-Etienne, siendo para ella un consuelo indecible oír por última vez á su santo director. Hacia tres años y medio que no le habia visto, y al poner-se en su presencia se sintió sobrecogida de sorpresa y ad-

(1) Año Santo de la Visitacion, 3 de noviembre.

(2) Carlos Aug., p. 565.

miracion. La pareció sensiblemente cambiado y como todo transformado en Dios, pues el fuego sagrado que le consumia interiormente, hacia resplandecer su rostro con un brillo que no habia notado antes, ya porque, al aproximarse su muerte, Dios hiciera brillar en su frente como un reflejo radiante de la beatitud celestial, ya que hubiese llegado á la plenitud del hombre perfecto, á esa madurez del alma en Jesucristo, que se refleja esteriormente con una modestia angelical. «Madre mia, dijo el santo Obispo, »puesto que tenemos algunas horas libres, ¿quién de los »dos hablará primero?—Si quereis empezaré yo, contestó »aquella con ardor, pues mi alma tiene gran necesidad »de que la examineis.» Viendo el santo un poco de vehemencia en la que el queria libre de toda imperfeccion, le dijo suavemente, pero con gravedad; «Madre mia, ¿con »que teneis aún deseos vehementes? Yo creí encontraros »enteramente angelical. No hablaremos de nosotros aquí, »solo hablaremos de lo que concierne á nuestra congregacion. ¡Oh, cuánto amo nuestro pequeño instituto, porque »Dios es muy amado en él!» Conferenciando despues juntos por espacio de cuatro horas sobre los diferentes intereses de la congregacion, Francisco le dijo, que cuanto mas oraba mas le manifestaba Dios su voluntad de que el instituto continuara bajo la direccion de la Santa Sede y de los Obispos respectivos, mas bien que bajo la de un superior ó superiora general. «Vuestras hijas, añadió, son hijas del clero, y el clero ha sido la primer orden de la religion.» La Madre Chantal accedió á estos pensamientos, considerándolos inspirados por Dios, porque veneraba á su bienaventurado padre como á un santo, y no pudo ocultárselo. «Padre mio, le dijo, no dudo que sereis un dia canonizado, y espero poder trabajar en ello. Madre mia, contestó Francisco con un tono muy serio, Dios podia hacer »este milagro, pero las personas que deben trabajar en mi »canonizacion no han nacido aún.» (1) La Madre Chantal

(1) Dep. de la Madre Chaugy.

hubiera querido prolongar su estancia cerca de su santo director, pero no se lo permitió, pues el deber la llamaba á la visita de los monasterios de Grenoble y de Belley, y partió á pesar del rigor del frio. Como la Madre Blonay manifestase al santo Obispo la pena que esto la causaba: «Hija mia, le contestó, ¿creeis que hay alguien que quiera mas que yo á nuestra Madre? La quiero como á mí mismo, pero es preciso vaya á cumplir la voluntad de Dios y »á preparar el lugar de mi morada;» palabras que no comprendió entonces la Madre Blonay, pero que se esplicó luego, cuando á la muerte del santo prelado supo lo que la ocupaba á la Madre Chantal el prepararle una sepultura (1).

El tiempo que Francisco se consagraba á sus hijas de la Visitacion, estaba ocupado en gran parte por las numerosas visitas que le agoviaban, acudiendo á consultarle de todas partes, como en otro tiempo iban á San Antonio en el desierto. Los grandes y aun los príncipes penetraban en la humilde casa del jardinero de la Visitacion, para que el hombre de Dios les comunicara sus luces. Entre los muchos que le visitaban con mas asiduidad estaba el intendente de justicia, el Sr. Olier, que le habia ofrecido su casa con tanto empeño. Francisco conoció muy pronto su mérito, y contrajo con él una íntima amistad. Este virtuoso señor y su digna esposa, tenian grandes inquietudes sobre la vocacion de uno de sus hijos llamado Juan Jacobo. Le habian destinado primero al estado eclesiástico: pero su carácter violento y arrebatado y su imaginacion acalorada, les hacia desconfiar de que pudiera ser un dia un buen sacerdote. Le reprendian sin cesar, le castigaban, le golpeaban, y con los golpes su natural se agriaba y empeoraba, y el mal iba creciendo con la edad. En su inquietud, la Señora de Olier fué á rogar al santo Obispo examinase él mismo la vocacion de su hijo, consultase á Dios sobre ella, y la fijase con una respuesta que ellos con-

(1) Año Santo de la Visitacion, 11 de diciembre.

siderarian como un oráculo del cielo. Habiéndola prometido que se ocuparía de él delante de Dios, aquella Señora le llevó sus hijos algunos días después; y como los acogiese á todos con igual ternura, abrazando á uno después de otro y alabándolos á todos igualmente: «Monseñor, dijo la madre, Juan Jacobo es el más pequeño, no es juicioso y me da muchos disgustos.—Señora, contestó Francisco ilustrado sin duda con alguna luz profética, la única que puede explicar esta respuesta, es preciso perdonar alguna cosa á la juventud; los caracteres alegres no son los peores; he consultado á Dios sobre la vocación de este niño y podéis consolaros, porque el cielo le ha escogido para gloria y bien de su Iglesia. Dios, en la persona de este niño, se prepara un buen siervo. No tengáis ninguna duda; cambiense vuestros temores en acciones de gracias, y si Dios me dejara algún tiempo sobre la tierra, os pediría me confiárais este niño para formarle yo mismo en la virtud y en las ciencias eclesiásticas.»

Las visitas tan frecuentes que recibía el santo Obispo no le hacían descuidar ningún deber. Iba fielmente á rendir sus homenajes á las dos cortes de Francia y de Saboya, así como á los amigos que tenía en ambas, y en todas partes era honrado y venerado, en todas partes edificaba, y se acogían sus palabras como oráculos. Un día que hablaba con un Padre Jesuita sobre el amor de San Francisco de Asís á los sufrimientos, la humildad de San Francisco de Paula y el celo apostólico de San Francisco Javier: «Sí, dijo con aquel genio alegre que hacía su conversación tan encantadora, ó me cuesta la vida, ó he de ser algún día un cuarto San Francisco.» Dió una respuesta muy semejante á un virtuoso eclesiástico que decía en su presencia: «Ya hay tres Santos Franciscos canonizados; San Francisco de Asís, San Francisco de Paula y San Francisco Javier, no falta más que San Francisco de Sales.—¡Ojalá! exclamó, que fuese santo!» (1)

(1) Carlos Aug., p. 566.

Habiendo dicho un doctor de la Sorbona, al retirarse maravillado de una larga conferencia que había tenido con él sobre varios puntos importantes, que en todas partes le tenían por santo y que el mismo acababa de tener una prueba de ello: «¡Oh señor, contestó, Dios os libre de semejante santidad! Os engañáis lo mismo que los demás; no tengo más que una buena voluntad de servir á Dios, pero podéis contribuir con vuestras oraciones á que sea un santo.» (1) Habiendo ido una vez á visitar á la Princesa de Soissons, una dama de la corte se le acercó. «Verdaderamente, Monseñor, si estuviérais vestido de púrpura, os tomaría por San Carlos.—En verdad, Señora, contestó, de nada sirve estar vestido de púrpura, pero sería de desear ser un San Carlos por las obras, ya que no por los vestidos.» (2)

En sus relaciones con los grandes, Francisco no olvidaba á los pobres. Después que había dado á estos lo que tenía, pedía para ellos á los señores y señoras de la corte. Nadie rehusaba darle, pues la veneración que inspiraba su santidad no lo permitía, é iba luego á llevar á los pobres los socorros que no había podido darles desde luego. Iba igualmente á anunciar la palabra de Dios á todas partes á donde le invitaban; predicando el segundo domingo de Adviento en la iglesia de los Jesuitas, el 10 y el 21 de diciembre en la de la Visitación y la víspera de Navidad en las Recoletas, para la colocación de una cruz. En esta última ceremonia, en la que dirigió la palabra á invitación de María de Médicis, sufrió mucho con el frío y se sintió mal (3). ¡Ah! no le restaban más que tres días de vida, y los tres fueron empleados en continuos trabajos, capaces de fatigar la salud más robusta. A media noche celebró la Misa en la Visitación, dió la comunión á todas las religiosas, y predicó sobre el nacimiento del Salvador con un fervor se-

(1) Carlos Aug., p. 566.

(2) *Año Santo de la Visitación*, 10 de diciembre.—Carlos Aug. p. 556.

(3) Carlos Aug., p. 567.

ráfico, lo que movió á la superiora, la Madre Blonay, á tomarse la confianza de preguntarle en la sacristía si habia recibido alguna gracia espiritual en esta Misa, pues me ha parecido, le dijo, haber visto al arcángel Gabriel á vuestro lado en el momento en que habeis entonado el *Gloria in excelsis*. «Mi querida hija, le contestó, mirándola dulcemente, tengo el oído del corazón muy duro á las inspiraciones, y necesito que los ángeles me hablen á los oídos corporales y que llenen mis sentidos de una santa melodía.» Nosatisfaciendo esta respuesta á la superiora, insistió, y el santo Obispo le dijo: «Es cierto que nunca he sido tan consolado en el altar; el divino Niño ha estado en él visible é invisible. ¿Y por qué no habian de estar tambien los ángeles? Pero no os diré mas, porque hay aquí mucha gente.»

Terminando así su conversacion, fué á confesar al Príncipe y á la Princesa del Piamonte, á los que dijo como su limosnero la Misa de la aurora en los Dominicos, y les dió la Comunión (1). Volviendo de allí prontamente á la Visitacion, encontró al capellan que iba á subir al altar. Este quiso retirarse y cederle su lugar, mas no quiso permitirselo, conforme á su principio de no molestar nunca al prójimo, ni procurarse su comodidad á espensas de otro. Dijo graciosamente que le convenia mas tener algun tiempo para recojerse; y oyó de rodillas, en un rincón de la iglesia, las tres Misas del capellan; de suerte que no empezó la suya hasta cerca del medio día (2). Des-

(1) Roberto Arnaud d'Andilly cuenta en sus memorias (al fin de la 1.<sup>a</sup> parte, p. 441, t. XI, de la 2.<sup>a</sup> serie de la coleccion de Michaud y Poujolat, para servir á la historia de Francia), que él comulgó en esta Misa. Como este gran Obispo, dice, era íntimo amigo de mi padre, y despues de la Madre de Chantal, la religiosa que mas amaba era á mi hermana la Madre Angélica, y hácia mí tenia un particular afecto, fué para mí un encuentro muy agradable. Nos dió la comunión á la Señora de Senecay y á mí, así como á algunos otros; fué á la sacristía despues de la Misa para verle, y no es decible la alegría con que me recibió, y me dijo abrazándome estas palabras: «¡Ay! hijo mio, os he reconocido *in fractione panis*.»

(2) Carlos Aug., p. 568.

pues de la comida, en la que comió muy poco, presidió la toma de hábito de dos hermanas de la Visitacion y predicó sobre las palabras de la Epístola del día: «*Abnegantes impietatem et secularia desideria, sobrie et juste et pie vivamus in hoc sæculo*. Renunciemos á la impiedad y á los deseos del siglo para vivir sóbria, justa y santamente sobre la tierra.....» Despues de algunos momentos de reposo dió una conferencia á sus amadas hijas, recibió en audiencia á gran número de personas que iban á verle, fué luego á despedirse de la Reina madre, María de Medicis, que partia al día siguiente, y no pudo, á pesar de su excesivo cansancio, dejar la corte hasta muy adelantada la noche (1).

Al día siguiente, fiesta de San Esteban, despues de haber dicho Misa y dado la Comunión á sus religiosas, fue á comer con uno de sus amigos, Vicario general de la diócesis y Canónigo de Saint-Nizier, comunicó con él varios negocios particulares, y volvió á las cinco para dar á sus amadas hijas su última conferencia, que duró cerca de dos horas, declarándolas desde el principio que les hablaba por última vez. «Mis amadas hijas, les dijo, es preciso partir; vengo á gozar por última vez del consuelo que me da vuestra virtud.» Les habló luego del amor divino, les dió instrucciones para la confesion y Comunión, para distinguir el pecado venial, que no puede proceder sino de la voluntad, de la imperfeccion, que proviene de fragilidad y sorpresa; estableció la diferencia que hay entre la virtud y el asentimiento de la virtud; y como continuaba su discurso sin pensar en terminarlo, sus criados fueron á buscarle con hachas encendidas, avisándole que ya era tarde. «Pasaria gustoso aquí toda la noche sin apercibirme de ello, dijo, pero ya veis que la obediencia me llama, y es preciso retirarse.—Antes, replicó la superiora, decídnos lo que deseais que nos quede mas profundamente grabado en el espíritu.—Mi querida hija, dijo, no deseais

(1) Carlos Aug., p. 568.—La Riviere, p. 654.

»nada, ni rehuséis nada: estas palabras lo encierran todo. »Mirad como el pequeño Jesus en el pesebre recibe la pobreza, la desnudez, la compañía de los animales, el frio, el rigor de la estacion y todo lo que su Padre permite. No está escrito que tendiera nunca sus manos para pedir alguna cosa, abandonándose enteramente al cuidado de su madre, pero sin rehusar tampoco los pequeños alivios que esta le daba. Recibia los servicios de San José, las adoraciones de los reyes y de los pastores, todo con la misma indiferencia. Así no debemos ni desear ni rehusar nada, sino sufrir y recibir igualmente todo lo que Dios permite con respecto á nosotros.—Pero, monseñor, preguntaron las religiosas, ¿no es lícito calentarse cuando se tiene mucho frio?—Cuando el fuego está encendido, contestó, bien se ve que es la intencion de la obediencia que se calienten, con tal que no se haga con demasiado ardor; y acabadas estas palabras, se retiró diciendo que las llevaba á todas en su corazon.» (1)

Al dia siguiente, fiesta de San Juan, notó al levantarse que su vista se debilitaba mucho. «Esto significa, dijo á los suyos, que es preciso partir, y bendigo á Dios por ello; el cuerpo que se debilita hace mas pesada al alma.» Se confesó en seguida, dijo Misa con un fervor extraordinario, dió la Comunión á toda la comunidad, y despues de haber confesado á la superiora, se detuvo hablando algun tiempo con ella. Encontrando esta muy alterada su vista y su semblante, le preguntó si se sentia mal; á lo cual contestó tan solo que todo resultaba en bien para los que aman á Dios, y la bendijo diciéndola: «Adios, hija mia, os dejo mi espíritu y mi corazon.»

Habiendo encontrado al salir de la iglesia al Duque de Bellegarde, gobernador de Borgoña, y al Sr. de Villeroz, gobernador de Lyon, habló largo tiempo con ellos con la cabeza descubierta, á pesar de un frio penetrante y una niebla muy espesa. Desde allí fue á ver al Duque de Ne-

(1) Año Santo de la Visitacion, 27 de diciembre.—Carlos Aug., p. 570.

mours, para desengañarle de las prevenciones que tenia contra sus oficiales del ducado de Ginebra, á los cuales queria castigar; y tuvo el consuelo de hacerlos confirmar á todos en sus cargos. Pasó de allí á casa del Principe del Piamonte, donde permaneció tambien mucho tiempo con la cabeza descubierta; y por fin volvió á su casa tan fatigado y rendido que no podia moverse (1). Su criado le propuso cambiase de calzado para estar mas cómodo. «Le cambiaremos, dijo, si lo deseais, pero no iremos muy lejos.»

Comió luego muy lijeramente, y despues permaneció largo rato pensativo, apoyado sobre la mesa. Escribió dos cartas, y habia ya empezado la tercera, cuando fue interrumpido por las visitas de varios religiosos de diferentes Ordenes, que creyendo que iba á partir para Annecy, acudian á desearle un feliz viaje y á pedirle su bendicion. Entre ellos se encontraba el rector de la casa de San José, que dirigian los Jesuitas; y como reclamara su benevolencia: «¿No sabeis, le dijo el santo Obispo, que soy todo de San José?» Sus criados, testigos siempre de la recepcion que hacia á los que le visitaban, notaron que, contra su costumbre de acompañar siempre con gran cortesía á los que iban á verle, permaneció sentado sin ir á despedirlos, deduciendo de ahí que debia estar muy mal, y en su consecuencia le espusieron la conveniencia de diferir la partida para el dia siguiente (2). «¿Creeis, sin duda, que estoy enfermo?» les dijo; y algunos instantes despues, dándole su criado cuenta de un sermón en que el predicador habia recomendado á la reina amara mucho á sus súbditos: «Y vos, amigo mio, le dijo con una voz débil, ¿me amais mucho?» á cuyas palabras este buen criado no pudo contestar sino con sus lágrimas. «Pues yo tambien, añadió su bondadoso amo, os amo mucho; pero amemos mas aún á Dios, que es nuestro gran dueño;» y al decir estas pa-

(1) Carlos Aug., p. 571.

(2) La Riviere, p. 655.